

Herrera, H. (2019). *Octubre en Chile: Acontecimiento y comprensión política: hacia un republicanismo popular*. Santiago: Editorial Katankura, Chile. 122 pp.

## RESEÑA DE LIBRO

***Luis Aránguiz Kahn***\*

lrarangu@uc.cl

El 18 de octubre será una fecha imborrable para el futuro de la historia chilena. Esta fecha encarna el comienzo de un movimiento social que ha tenido entre sus principales efectos la gestación de un proceso constituyente, caracterizado como es esperable, por una profusa discusión política que está actualmente en curso. Desde entonces, ha habido una serie de columnistas y escritores que han intentado formular explicaciones para el así llamado “estallido social”. Entre ellos se encuentra Hugo Herrera, Doctor en filosofía y Director del Instituto de Humanidades de la Universidad Diego Portales quien, junto con participar activamente en el debate público mediante columnas de opinión, también ha dado forma a sus ideas sobre el 18 de octubre en un libro titulado *Octubre en Chile*, publicado en noviembre, antes del acuerdo por la paz y nueva constitución del 15 de noviembre.

Como puede advertirse, se trata de un libro escrito al fragor de los acontecimientos. En tal sentido, no se trata de una obra reposada sino profundamente contingente, pero no por ello superficial. Al contrario, es posible señalar que en este libro se conjugan la atenta observación de los sucesos coyunturales y un dilatado trabajo filosófico-político previo del autor que se puede encontrar en diversos capítulos del libro y en especial en su libro *La derecha en la crisis del bicentenario*, del año 2014. Esta articulación hace de *Octubre en Chile* una obra que ha venido a sentar las bases de un modo de comprensión del fenómeno tan pertinente como inevitable. Pertinente porque es capaz de ofrecer una explicación razonable a la luz del desarrollo histórico de la política chilena, e inevitable porque es uno de los primeros puntos de referencia analíticos que se ofrecen para una discusión que tomará varias décadas.

Desde un punto de vista formal, la obra está compuesta de diez capítulos que es sugerible leer linealmente. En cada uno de ellos se desarrollan temas como los elementos principales de la cultura chilena, tradiciones políticas, historia y política recientes, discusión intelectual política contemporánea, entre otros. Luego de una profusa reflexión inicial sobre la naturaleza del pueblo y de la tierra, se avizora la tesis de la obra, que podría sintetizarse en la observación según la cual “nuestra crisis coincide, en parte fundamental, con la

\*Colaborador en Centro de Estudios Judaicos, Universidad de Chile. Magíster en Estudios Internacionales, Universidad de Santiago de Chile. Licenciado en Letras Hispánicas, P. Universidad Católica de Chile.

pérdida de aptitudes comprensivas de las élites, acompañada del predominio de discursos políticos eminentemente abstractos” (pág. 40). Esta coincidencia entre la crisis que se expresa el 18 de octubre y la pérdida de aptitudes comprensivas, lleva a Herrera a desarrollar una crítica a las élites políticas de izquierdas y derechas. A las primeras las cuestiona, por ejemplo, sosteniendo que se han dedicado a propagar un discurso moralizante caracterizado por un énfasis en la deliberación como solución -aquí resulta especialmente acentuada la discusión con el pensamiento de Fernando Atria-; mientras que respecto a las segundas, desarrolla una crítica en torno a su ortodoxia liberal -destacando aquí la prevalencia contemporánea de una formulación del pensamiento de la derecha dependiente del ya pretérito contexto de Guerra Fría-. El problema común a ambos discursos, presentado en el libro como una crítica a la abstracción, reside en que arrancan desde presuposiciones teóricas para entender los asuntos políticos, en vez de poner atención a la realidad del pueblo, que es la realidad telúrica desde la cual arranca lo político.

A la par con la crítica abstracciones de izquierdas y derechas, está la falta de comprensión política. Podría decirse que desde aquí se desprende un reverso propositivo de la crítica. Herrera, junto con cuestionar los discursos dominantes, plantea a su vez una alternativa que se sitúa frente a los discursos mencionados, adoptando una postura epistemológica eminentemente práctica. La política es un arte, es creativa y, en cuanto tal, está de suyo vinculada con realidades cambiantes a las cuales ha de interpretar continuamente. En atención a ello, si el problema de la clase política es que adolece de una comprensión adecuada de la realidad del pueblo, Herrera elabora la noción de “hermenéutica política” (pág. 25). Si lo político es hermenéutico, el asunto podría cifrarse en la pregunta: ¿cómo comprender? De acuerdo a Herrera, resulta imprescindible observar lo político como una relación entre “lo real” y “lo ideal”, lo primero significando la dimensión popular-telúrica y lo segundo la dimensión discursivo-institucional. En otros términos: Una adecuada comprensión de lo político, requiere de una técnica de interpretación o hermenéutica, compuesta de la consideración de una dimensión referida a la vida concreta del pueblo -la que veremos pronto- y la materialización de sus anhelos en la dimensión discursiva e institucional. Esta última no se ha de entender simplemente como una “cosa” separada de la vida política, sino como aquello que es capaz de dar cauce a lo que el pueblo desea. En tal sentido, las instituciones políticas son ellas mismas “maneras de comprender” (pág. 94).

Lo popular-telúrico y lo discursivo-institucional como dos dimensiones necesarias para la comprensión política, encuentran para Herrera una certera concreción en dos principios que operan en tensión complementaria y que pueden replicarse en la práctica política. Por una parte, el “principio republicano” (pág. 105) se caracteriza por apuntar a la *dispersión* (sic) del poder en las instituciones a fin de garantizar la libertad. A contracorriente viene el “principio telúrico-popular” (pág. 106), que apunta hacia la *integración* (sic), la inclusión de la pluralidad de grupos humanos que habitan un territorio. Ambas categorías son abiertas, y es desde ellas que ha de comprenderse el significado de todo aquello que emerge cuando el pueblo chileno se expresa. La conjunción de ambos principios da origen a una corriente de pensamiento que Herrera denomina republicanismo popular o, como ha dicho en otros de sus textos, republicanismo nacional.

Ahora bien, ¿Por qué habríamos de sostener que el republicanismo nacional o popular de Herrera es, también, una teología política del pueblo chileno? Como se ha visto, uno de los conceptos fundamentales sobre los cuales el autor elabora su método de

comprensión política es el “pueblo” como clave hermenéutica. En su entender, es comprendiendo al pueblo -desde junto con las instituciones y sus procesos- que el político puede desempeñar mejor su arte. Pero ¿qué es el pueblo? Para Herrera, tal parece que esta pregunta queda corta. El pueblo, podría decirse, al igual que las instituciones, no es simplemente una cosa. No es un “qué”. Más bien, “el pueblo es acontecimiento” (pág. 23) y “el pueblo es indeterminable” (pág. 24). Pero ello no alcanza a dar cuenta de su naturaleza. “El pueblo es como una divinidad” (pág. 24), nos dice Herrera. Es de suyo evidente que la pregunta “qué es...” no resulta satisfactoria. De pronto, pareciera que la pregunta ha cambiado. Al afirmar que el pueblo es como una divinidad, tal parece que ahora es el turno de un nuevo paso: ¿Quién es el pueblo?

En el que tal vez sea el pasaje más crítico de esta notable obra, Herrera sostiene que “el pueblo, como un dios, aterroriza y redime. Su eventual violencia es también la exigencia, en principio legítima, de plenitud. Su impulso no admite refutación. En el arrebatado de su furia y el soplo de su espíritu, es capaz de transmutar la sociedad y la política. Es caos, es justicia” (pág. 24). El pueblo es *como* un dios. No se trata de que lo sea, pero esta comparación recurre a uno de los elementos constitutivos de la experiencia humana. Lo divino, la divinidad, ha determinado buena parte de la vida política de las sociedades desde tiempos inmemoriales. Decir que el pueblo es como un dios en un estado laico y ante una ambigua secularización, puede ser erróneamente considerado una invocación al antiguo fantasma de la teocracia. En cierto sentido, si el pueblo es como un dios, la democracia entonces sería, eventualmente, una forma de teocracia.

Pero lo que ocurre aquí es más bien otra cosa. El pueblo, en la comprensión de Herrera, cumple con algunos rasgos distintivos de lo divino, siendo el más importante de ellos el hecho de que es indeterminable, es aquello que está más allá de todo intento de aprehensión. Solo podemos conocer parte de él, mientras que otra parte se reserva el derecho de ser contemplada. En algún sentido, esta noción recuerda ese episodio en que Dios dejó que Moisés le contemplara, pero sólo oscuramente. Hay, así, una dimensión apofática del pueblo. En algún sentido, podemos conocerlo por aquello que no es. Por eso “el pueblo que irrumpe lo hace desde un fondo de misterio” (pág. 25). Pero, al mismo tiempo, también “el pueblo que irrumpe es pueblo histórico y situado” (pág. 26), es decir, podemos acercarnos a él en su materialidad, en el modo en que se ha constituido su identidad, habitando la tierra y construyendo su historia común. Y, por ello mismo, el principio popular telúrico consiste en una tendencia a la unidad, porque “el pueblo es una multiplicidad, la unidad de lo diverso” (pág. 26). Posee una identidad capaz de unificar a lo múltiple. Al incorporar una categoría teológica a la comprensión del pueblo, la hermenéutica política se vuelve también teológica.

Al sostener que Herrera formula una teología política del pueblo chileno, cabe especificar que dicha operación ocurre en un sentido schmittiano, al estilo de Carl Schmitt. Esta mención no es en absoluto casual, porque Schmitt es un pensador de cabecera para Herrera –de hecho, en junio de 2020, bajo el sello de la Universidad Estatal de Nueva York, se publicará su libro titulado *Carl Schmitt between Technological Rationality and Theology*-. No se trata de que la secularización haya hecho desaparecer lo teológico, sino de que lo teológico resiste perennemente el tiempo y se expresa, también, en el campo político. Y aquí lo teológico no se refiere simplemente a la disciplina que lleva ese nombre, sino a una orientación existencial del ser humano hacia lo trascendente. En la comprensión analógica del pueblo como un dios, aquel se constituye el misterio que es objeto del

hermeneuta político, quien se vuelve así un teólogo en busca de la comprensión de lo divino, ese *mysterium tremendum* en el decir de Rudolf Otto o el *Deus Absconditus* de Lutero.

El pueblo es, sobre todo, un “quién”. Esta comprensión alcanzada a través de la aproximación teológico-política, es a nuestro entender uno de los aportes más distintivos de esta obra. He ahí el misterio, y también la cantera de su posible explicación. El pueblo “persiste en su doble aspecto: manifiesto y oculto, discernible y misterioso, dotado de tipicidad y resistente a las determinaciones” (pág. 26). Por tanto, el 18 de octubre no puede ser concebido como un “estallido social” en abstracto. No puede interpretarse como una “cosa”, bajo la aplicación de categorías teóricas. Solo es posible acercarse a él a partir de la comprensión del pueblo como un dios, como un quién que tiene voluntad, que está orientado a una meta, que demanda algo. Un quién que se resiste a ser cosa, a la objetivización, y que, como un dios, no solo se oculta, sino que también busca mostrarse a otro no por un travieso capricho, sino para expresar su voluntad. Si “la revuelta de octubre viene a evidenciar, con su volumen y su ímpetu, la incapacidad acumulada del sistema político y sus dirigencias de cumplir con su tarea” (pág. 42), también dicha revuelta puede ser la oportunidad para comprender al pueblo chileno, en otros términos. ¿Quién representará al pueblo? ¿No resulta riesgoso para la pluralidad de una sociedad, asumir que el pueblo es unidad y que, en tanto tal, posee una voluntad? ¿Puede un pueblo ir contra sí mismo? ¿Cómo se lidiará con un pueblo que fuese como un dios caprichoso? ¿Se le pueden pedir cuentas al pueblo por sus acciones, a diferencia de a un dios? Ahí algunos desafíos que surgen de *Octubre en Chile*, obra publicada bajo el sello de la naciente Editorial Katankura en noviembre de 2019, atenta al pulso profundo, telúrico, de un dios que al manifestarse hizo temblar a sus sacerdotes y que exige hoy nuevos teólogos.

**Cómo citar esta reseña**

Aránguiz, Kahn, L. (2020). [Octubre en Chile: Acontecimiento y comprensión política: hacia un republicanismo popular, por H. Herrera]. *Revista Cultura & Religión*, 14(2), 161-164.